



Juan Forn:

La increíble historia

En 1984, el español Javier Marias llegó a Oxford más bien anónimamente, con una coartada perfecta para leer, escribir y curiosear por librerías y claustros santos y non sanctos todo el día y lo que pudiera de la noche: había sido invitado como profesor auxiliar de lengua española ("mi papel consistía en hacer de gramática y diccionario parlantes", en sus propias palabras) por un período de dos ciclos lectivos. Marias dedicó esos dos años a leer, vagar y acumular confidencias confesables y de las otras que le fueron de lo más estimulantes para escribir, a su regreso a Madrid, una novela ambientada allí que tituló *Todas las almas*. Cuando el libro se publicó en 1989 produjo en España y Oxford, un efecto que parecía una coda perfecta a su trama: en España fue considerado un divertimento anglofílico -y en cierto sentido borgeano- de su autor quien poco antes había dado a conocer una antología llamada *Cuentos únicos*, donde rescataba del olvido los singulares chispazos de genialidad narrativa de un puñado de escritores cuya obra restante merecía el limbo del anonimato. Así como muchos pensaron que Marias había fraguado esos cuentos y las biografías de esos autores, describían que la fauna que poblaba *Todas las almas* (en particular su enigma central, un escritor llamado John Gsworth, que terminó sus días como un mendigo por las calles de Londres, aunque la Corona Británica lo reconocía como legítimo rey de la Isla de Redonda) hubiese existido en alguna realidad que no fuese la febril y anglofílica imaginación de Marias.

En Oxford, en cambio, corrió pronto el rumor -parejo a la circulación de mano en mano de unos pocos ejemplares de la edición española- de que "aquel joven profesor español ¿recuerda?" había escrito un roman a clef, con todos ellos como personajes. Curiosamente, no fue el enigma Gsworth el que alimentó el "realismo en clave" de la novela sino esa combinación de excentricidad y discreción paradigmática de los ingleses, que vuelve verosímil casi toda la rareza, por descabellada que parezca (por ejemplo, que un apacible experto en lenguas eslavas sea, para los servicios de inteligencia, el "filtro" definitorio para evaluar si los rusos que pedían asilo político en Inglaterra eran auténticos perseguidos o espías). Lo cierto es que los ilustres profesores devoraban el libro buscándose a sí mismos en los personajes, y se dio más de un caso de pomposos catedráticos que comentaban con orgullo a propios y extraños que ahora no sólo existían en la vida real sino que también "habitaban una novela continental" (para estupor de Marias, que apenas conocía de oídas a algunos de ellos).

Todo esto no hubiera pasado de anécdota borgeana si, ocho años después, Marias no hubiera recibido el ofrecimiento -más kiplinguiano que borgeano, en todo sentido, incluyendo el de la contundencia real- de convertirse en el cuarto rey de la dinastía de Redonda, con el nombre de Xavier I. Ahora bien, ¿qué es exactamente el Reino de Redonda y qué diantras supone ser su monarca.

La isla de guano

Si se buscan en una carta de navegación del mar Caribe las coordenadas 16° 56' latitud norte y 62° 21' longitud este, en el escueto espacio entre las islas de Montserrat y Antigua, tendremos ante nuestros ojos un atolón de tres kilómetros cuadrados, sólo habitado por alcatraces, gaviotas, lagartos y ratas, aunque se trate del territorio que incluye el mayor número de ilustres por metro cuadrado del planeta. Descubierta y bautizada por Colón en su segundo viaje (aunque el Almirante no quiso perder tiempo haciendo tierra en ella), su único atractivo hasta el siglo XVIII fue el de servir de guarida temporal a contrabandistas y corsarios. Unos cuantos años después, cuando se descubrió que el guano que depositaban alegramente en sus peñascos las gaviotas y alcatraces habían generado valiosas reservas de fosfato de aluminio, los británicos les ganaron de mano a los norteamericanos y la anexaron a la Corona. Junto a las otras Islas de Sotavento. Aún así, siguió despertando un interés comercial y demográfico más bien escaso, a tal punto que, en 1880, un banquero de la vecina Isla de Montserrat compró el peñasco para celebrar los quince años de su único hijo varón (vale aclarar, para que se aprecie el gesto en su justa proporción, que antes del primogénito el banquero había visto nacer con

creciente desazón nueve hijas mujeres). En una ceremonia naval celebrada por el obispo de Antigua, el joven Mathew Phipps Shiel (alias Felipe I, así en español) fue coronado rey de Redonda. Poco después, el flamante monarca partió a Londres, donde los desvelos por lograr que la Oficina Colonial Británica le devolviera la isla coexistieron con sus inclinaciones literarias, a tal punto que comenzó a nombrar duques (de su reino, por supuesto) para que lo ayudaran en la batalla.

Pero Gimferrer define la obra literaria de M. P. Shiel como una frontera disusa entre Rider Haggard (el autor de *Las minas del rey Salomón*) y Lovecraft, condimentada con una intensa afinidad hacia el *Gordon Pym* de Poe. Y recuerda la rareza de que cuatro libros diferentes de Shiel se pusieron a la venta el mismo día en Estados Unidos (despertando de Daschel Hammett un comentario tan escueto como expresivo: "Shiel es simplemente un mago"). Lawrence Durrell, por su parte, recuerda un período en que el monarca en el exilio vivía "a base de frutos secos en un árbol cerca de Orsham" donde las visitas podía preparar o permanecer a la sombra de las ramas para charlar con él. Si bien los múltiples duques de Redonda (Arthur Machen, Rebecca West, H. G. Wells, Dylan Thomas, Henry Miller, el mencionado Durrell, Eden Phillipotts, P. G. Wodehouse, Dorothy Sayers y el editor Victor Gollanez, entre muchos otros) poco aportaron a la batalla legal por la devolución de Redonda, Shiel logró finalmente el derecho oficial a la utilización del título y a nombrar nobles del reino, con la salvedad de que ese protocolo "carece de contenido contra el poder colonial, así como el reinado carece de sustancia". Por entonces, el excéntrico monarca había conocido un fervoroso y joven discípulo llamado John Gsworth, que lo estimuló a reformular el sentido de su reino y apuntar a la creación de un linaje intelectual. Como primera y última medida de su "nuevo" reinado, Shiel decidió que la sucesión monárquica no dependiera de la sangre sino de la letra, de la literatura en lugar del parentesco. Con un pequeño y encantador detalle que hace honor al lema del reino, *Ride si sapis* ("Rie si puedes"): su sucesor heredaria, junto con el reino de Redonda, los derechos de autor de sus libros, para que así se dignificara el título y la tarea.

Mi reino por mil guineas

John Gsworth se llamada en realidad Terence Ian Fytton Armstrong, había nacido en 1912 y eligió ese alias literario en honor a la morada de sus antepasados, el Gsworth Old may de Chesire donde se dice que habitó Mary Fitton, la "dama oscura" de los sonetos de Shakespeare. En opinión de muchos, tenía legítimo derecho, incluso literario, a ese nom de plume: frecuentó precozmente a Yeats y Thomas Ardi, a Walter De la Mare y Wyndham Lewis, a Edith Sitwell y T.T. Lawrence (si. Lawrence de Arabia), en 1938 se convirtió en el miembro más joven de la Royal Society of Literature y era un romántico que parecía buscar una muerte prematura "por alcohol o daga". Sin embargo, sus características literarias más celebradas eran un ojo verdaderamente clínico para detectar incunables en las librerías de saldo (que le permitía, según recuerda Durrell, "peinar" con treinta chelines todos los puestos de Charing Cross Road y volver, media hora después, del Departamento de Libros Raros de Foyle con billetes suficientes para sobrevivir una semanal) y una capacidad sin límites para ayudar o rescatar del olvido a colegas en apuros (sus "cruzadas literarias" abarcaban desde antologías y reediciones anotadas de autores ignotos hasta pedidos perentorios a la Sociedad de Literatura de pensiones para escritores enfermos o en dificultades económicas). Así se ganaba o malgastaba su vida Gsworth: una y otra tarea funcionaban como perfecta coartada o insalvable obstáculo -depende desde dónde se lo mire- para tener un empleo fijo y también para producir su propia obra, que se reduce a un par de plaquetas de poemas. Durante la Segunda Guerra fue piloto de la RAF ("apenas lo veíamos, lo movían de aquí para allá como un peón", recuerda Durrell), y luego sobrevino una racha de mala salud y mala suerte, a tal punto que el autor del Cuarteto de Alejandría recuerda así su último encuentro con él, cuando Gsworth ya era rey de Redonda (Shiel había muerto en 1947): "Lo vi caminando por Shaftesbury Avenue empujando un enorme cochecito victoriano y pensé que también él se había encadenado con niños. Pero al acercarme vi que el cochecito contenía sólo botellas vacías de cerveza que iba a canjear por unos chelines".

El reino mercurial de Gsworth (autobautizado Juan I de Redonda) duró hasta su muerte en 1970. Instaló su corte en sucesivas tabernas y bares entre el Soho y Fitzrovia (su cuartel preferido fue el pub Alma, en el 175 de Westbourne Grove), desde donde prodigó títulos a diestra y siniestra en